

(A. G.), 29 marzo 1918



CONCEPCION IDEALISTA DE LA HISTORIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1918.

I

I. Por modo de breve introducción.

La guerra está sacudiendo las entrañas sociales de los pueblos y las entrañas espirituales de la conciencia de cada hombre que piensa. Nuestros pensamientos se encienden y se adensan y se precipitan de tal modo que unos sobre los otros que apenas nos dejan ni tiempo ni sosiego para ahondar algo en cada uno de ellos. Vémonos obligados a pensar de prisa y a expresar más de prisa aun lo que hemos pensado. Y por tener que expresarlo con de prisa no podemos concentrar y definir nuestra expresión. Recuérdese aquella tan conocida sentencia de una carta: «Dispénsame, señor, que esta carta vaya tan larga; no he tenido tiempo de hacerla más corta». De aquí la evidente inferioridad artística de casi toda la obra literaria y filosófica que la guerra ha inspirado. Como esa obra es obra también de guerra, polémica, no hay tiempo de pulirla. Solamente los alemanes que han estado premeditando y preparando esta guerra durante cuarenta años han premeditado y preparado también la filosofía con que tratan de disculparla. Los otros, los sorprendidos y agredidos por ellos, tienen que improvisar, así como su defensa bélica, también su defensa intelectual, su filosofía. Tiene, sin embargo, su valor una filosofía improvisada. Es más viva y más vital que la otra, es decir, más verdadera.

Fué nuestro primer propósito ir anotando y recogiendo todas las observaciones y sugerencias que la guerra nos da y preparar luego con calma, durante la paz, un trabajo de conjunto, organizado y sistematizado. Y hasta teníamos pensado su título. Llamárase «Civilización y cultura», como un breve trabajo que publicamos hace ya años y que figura en el tomo III de nuestros «Ensayos», pero cambiando radicalmente su punto de vista, ya que nosotros mismos hemos, gracias a Dios, vivido, esto es: cambiado. ¿Per? y si luego, durante la paz, no tenemos reposo, porque otra guerra nos llame, para ir haciendo esa obra? ¿Y si la muerte nos sorprende antes? Bástele, pues, a cada día su cuidado y por huir de lo imperfecto, que es lo improvisado, no vayamos a caer en lo pluscuamperfecto, que es peor. Aquí, como en el juego de la treinta y una, el que por hacer ésta no sabe plantarse a tiempo, se pasa.

Hemos decidido, pues, ir aquí publicando nuestras notas, según ellas se nos presentan, con las inevitables repeticiones y el no menos inevitable desorden, y luego estas notas nos servirán, si nos sirven, para trazar nuestra obra orgánica y sistemática. Y si no nos sirven a nosotros acaso les sirvan a otros y es lo mismo. O acaso mejor.

Llamamos a estas notas: «Concepción idealista de la historia» y no «Civilización y cultura». Ya se verá por qué. Y vamos a empezar discutiendo brevemente la llamada concepción materialista de la historia, la de Carlos Marx.

II. La concepción marxista o materialista de la historia.

Toda persona medianamente culta—y la que no lo sea que renuncie a leerlos, pues jamás hemos pretendido escribir para el vulgo de los ignorantes, lo que debe quedar para otros, pues no todos estamos obligados a ser maestros de primeras letras:—toda perso-

na medianamente culta tiene noticia de lo que se llama concepción materialista de la historia, que, mal entendida de ordinario, ha hecho estragos entre esos que se llaman a sí mismos socialistas científicos—¡oh, el cientificismo!—por oposición a los utopistas y ha servido, además, de arma a los conservadores. Porque son los conservadores los que principalmente han esgrimido esa doctrina, que tanto les justifica.

Según la tal doctrina, en el fondo de los fenómenos sociales se encuentra siempre, como última base, el fenómeno económico. El hambre es el primer motor de la historia humana. Y la doctrina, enteramente determinista y aun fatalista, culmina en aquella expresión de Marx, de que son las cosas y no los hombres los que rigen a la historia y que la transformación social vendría por sí misma, en virtud del proceso fatal del capitalismo, quiéranlo o no los hombres.

Hay quien corrige que no es el hambre sólo sino además el amor fisiológico, el apetito sexual, motores primeros de la historia; que no es el instinto de conservarse el individuo sino el de conservar la especie propagándola, el que hace la historia. Los materialistas de la historia lo aceptan así, desde luego, pero ya veremos cómo eso de admitir el hambre genérica o colectiva, el amor, junto al hambre individual, altera profundamente el problema llevándonos al impulso de mantener y propagar, no el animal humano, sino la personalidad, la conciencia, es decir, el hombre, el hombre histórico—fuera de la historia el hombre no es tal hombre—y destruyendo así el materialismo histórico.

Mas, ante todo, ¿qué es el fenómeno económico?

III. El fenómeno económico.

Cuando se dice que en el fondo de los fenómenos todos sociales está el fenómeno económico y que éste es la base y fundamento de todos los demás, precisa ponerse de acuerdo respecto a lo que el fenómeno económico sea. Porque si se nos dice que en el fondo de los fenómenos todos sociales está el fenómeno vital, no se nos dice nada, ya que el fenómeno vital o es el conjunto de los fenómenos todos de la vida, es decir: la vida misma, o no tiene sentido. Y decirnos que la vida es el fondo de la historia es una tautología o una logomaquia. La historia es la vida misma humana y claro está que la base de la vida humana es la vida animal.

El hombre no es un fenómeno económico. Lo económico es algo forzadamente formal. Lo económico empieza con el cambio de productos y con la colaboración en el trabajo y la diferenciación de éste. Sólo por abuso cabe hablar de economía de Robinson en su isla y aun éste seguía viviendo en ella en sociedad, en una sociedad que llevaba en su conciencia. Robinson no es el hombre primitivo, el hombre económico que forjaron los manchesterianos. Si Robinson no se hubiese formado en el seno de una sociedad humana, si no hubiese sido un hombre histórico, no habría ideado lo de ahorrarse de un año para otro.

Lo económico declinos es puramente formal, como lo lógico, y supone materia sobre que se ejerza. Lo económico el algo mediato y en el arranque o mejor, en el fondo de la historia, hay que buscar lo inmediato. Ni es lo inmediato el hambre. El hambre es el instinto de conservarnos, pero nosotros mismos, nuestra personalidad, está antes que ese instinto. Si yo soy el que quiero conservarme, yo estoy antes que mi conservación. Y yo no soy un fenómeno material o corporal, sino

Incompleto sigue en otros artículos



Concepción idealista de la historia

5-202
8



ideal; yo soy mi carácter y mi historia y mi espíritu.

La confusión marxista respecto al fenómeno económico proviene de que este fenómeno es concebido material y no formalmente. Y ello se ve en la doctrina marxista del valor económico.

IV. El valor económico según Marx.

¿Quién no conoce la doctrina del valor económico según Marx? Según esta doctrina, esencialmente materialista, un producto vale lo que valga el trabajo que se ha puesto en él. Así, si a un carpintero le costó el material para hacer una mesa 4 y en mantener a los suyos mientras la hizo le costó otros 4 y agrega 2 como interés de los instrumentos, o sea capital, que empleó en hacerla, la mesa valdrá 10. Esto, expresado así, grosso modo, y sin entrar en finuras.

Compréndese, en primer lugar que el precio de una cosa no ha de ser su costo de producción, sino el de reproducción, no lo que costó hacerla, sino lo que costaría hoy a hacer otra igual o equivalente. Si mientras está a la venta la mesa que costó 10, entre primera materia, mantenimiento del que la hizo e interés de los utensilios se

idea un medio por el que una mesa igual cueste 8, o ya que abarate la madera o que abaraten las subsistencias del carpintero, aquella primera mesa no se puede vender en 10, sino que hay que venderla en 8. Mas no es esto todo.

La dicha mesa no vale 8 porque entre material, subsistencias del obrero e interés del capital costó 10, sino que hay quien se pone a gastar 8 en su producción porque hay quien dé 8 por ella. Hay que invertir los términos. El valor de una cosa es el costo de producción sólo en cuanto éste es símbolo de aquel.

El valor no depende del costo de producción, sino éste de aquél, lo mismo que la presión de una caldera no depende del manómetro. Y estamos hartos de ver cosas cuya producción cuesta poquísimo y que valen mucho, es decir, que se paga mucho por ellas. En cambio no se producen cosas que costarían muchísimo y por las que nadie daría, sino muy poco.

La incompreensión de esto, que es de clavo pasado en economía política y que ha puesto de relieve sobre todo la escuela llamada austriaca—en que sobresalió Bohem-Bawerk—es lo que más ha contribuido al escaso progreso del socialismo marxista y a que, por el camino de su materialismo, se haya despeñado hasta llegar a ser una doctrina imperialista y de servidumbre e incontinencia. No comprendió el aspecto psicológico, o mejor psíquico, espiritual, del valor. Por atenerse a su aspecto físico, material, erró en todo lo demás.

La raíz del error está en la base del error de todo materialismo, en que es una doctrina de commensuralismo. El genuino materialista no comprende bien más que lo commensurable, lo ponderable, lo que se mide, cuenta y pesa. Tiene una concepción aritmética y no geométrica del mundo.

Vamos a explicarnos un poco.

V. Lo material y lo commensurable.

Como no tenemos experiencia inmediata de la materia, como lo que llamamos materia es para nosotros una sensación lo mismo que lo que llamamos espíritu, la materia es una idea. Y de aquí que el materialismo pueda en cierto sentido llamarse idealismo. ¿Pero por qué se habla de él como de algo opuesto a éste?

En la historia de la filosofía el materialismo clásico, típico, es el de Leucipo, Demócrito y Lucrecio, es el que construye—idealmente, claro está!—el mundo a base de átomo y vacío. Y así todo resulta commensurable, porque todo resulta discreto y no concreto. Uno, dos, tres, cuatro... etcétera, átomos siempre son commensurables entre sí.

Contenga el número de átomos que contuviere un objeto cualquiera material, siempre será un número finito, es decir, commensurable con la unidad, que es el átomo. Y a esto llamamos una concepción aritmética o numeral, es decir: materialista o física.

En cambio, la concepción geométrica, ideal, concreta o continua, nos trae lo inconmensurable. Que es, por lo demás, exactísimo. La diagonal de un cuadrado es exactísima—la de un cuadrado cuádruple, que otro es, por ejemplo, exactamente el doble que la del cuadrado que nos sirva de unidad—y, sin embargo, no puede expresarse exactamente con números con respecto al lado del cuadrado tomado por unidad. Ya que $\sqrt{2}$ da una cantidad inconmensurable con la unidad.

En economía, el dinero, medida del valor, ha introducido la concepción aritmética, discreta, commensurable, es decir, materialista. Todo valor se mide económicamente de un modo materialista. Una mesa vale tantos pesos y tantos centavos de peso. Y esto ha perturbado la concepción geométrica, ideal, concreta y continua.

Lo fundamental de toda filosofía es acaso el concepto de continuidad, o sea el de infinito. Que es el que luego nos da la concepción histórica. La historia, es decir, el espíritu, es lo concreto y lo continuo. Y lo concreto y continuo se sale de la materia. Es lo dinámico y no meramente mecánico.

Y, si bien se mira, concepción materialista de la historia es un absurdo, porque precisamente empieza la historia donde la materia concluye.

Cierto es que la mesa puede venderse a tantos o cuantos pesos, pero puede también darse por tal o cual servicio, y este servicio y la mesa no cabe expresarlos en aritmética monetaria. Y este cambio primitivo, objeto por objeto, objeto por servicio o servicio por servicio, sin mediación de dinero, es decir, inconmensurablemente, no nos velaría el carácter espiritual del fenómeno económico básico. El amo de esclavos mantiene a éstos, mejor o peor, y ellos trabajan para él, mejor o peor, según les mantenga, sin que sea preciso ni sea posible fijar numéricamente el valor ni decidir si el sostenimiento del esclavo A vale una mitad más que el del esclavo B o su trabajo una mitad menos.

El fenómeno económico del dinero trastornó toda la concepción marxista del valor, que es una concepción aritmética, discreta, commensurable, es decir, materialista.

Saltemos ahora a lo vital, pongámonos en el centro, o mejor, en el fondo del problema.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALALES